

La aceifa

María estaba pasando un verano espléndido. Trabajando al aire libre se sentía satisfecha y contenta aunque la faena fuese agotadora. Era el primer año que en lugar de quedarse en casa ayudando a su madre a cuidar de sus hermanos pequeños, había empezado a colaborar en las labores agrícolas junto a los dos vástagos mayores, Fulgencio y Antonio, tal y como su padre le había pedido. Llevaba bregando cuatro horas, desde la salida del sol, y aunque el calor aún no era agobiante, ya deseaba ver aparecer a Tarsicio el cabrero y hacer el descanso de media mañana. Sus diez años no le habían dado todavía la fuerza necesaria para soportar un trabajo más duro que el que acostumbraba a realizar en casa, donde, aunque sabía cuidar animales domésticos, se limitaba a fregar el utillaje de la cocina, barrer y rociar con agua el suelo de tierra pisada y ordenar las habitaciones de sus padres y hermanos.

En el mes de noviembre anterior, durante el barbechado de las tierras, cuando su padre araba la labrantía para airearla y dejarla descansar, María se había dedicado a las labores propias de la temporada otoñal. Además de ayudar a su madre en la cocina, acompañó durante un par de semanas a Fulgencio buscando piedras para las reparaciones que la vivienda precisaba. Ella se ocupaba de transportar las piedras más pequeñas con el ballarte, pero Fulgencio la había dejado una vez conducir las mulas aparejadas con la narria donde se trasladaban las de mayor tamaño.

—Ten cuidado y mantén tensas las riendas —comentó su hermano en uno de los portes en el que la mula iba muy cargada—. El animal puede lastimarse. Debes manejar las bridas con suavidad.

Fue necesario reparar las paredes que las lluvias caídas durante los meses de septiembre y octubre habían deteriorado considerablemente, sobre todo, las del establo, donde separados por tablones pasa-

ban la noche todas las propiedades ganaderas familiares: la yunta de mulas, media docena de cerdos, tres cabras y unas cuantas gallinas. Además, ayudó a su padre a sacar el ciemo de la cuadra y a construir una nueva cama para los animales. El estiércol hubo que trasladarlo a un muladar anejo, donde se guardaba hasta que llegado el momento sirviera para abonar las labrantías. También aprendió a rellenar con paja de centeno la albarda de la yunta que había perdido volumen en la campaña pasada, y a coserla con aguja de ensalmar, evitando con ello al bastero y ahorrando un dinero que venía muy bien a la maltrecha economía familiar.

A primeros de diciembre, Antonio, el segundo de sus hermanos, le encargó buscar una buena rama de roble con la medida y el grosor adecuados para reparar la enjalma, una albardilla de los aparejos de las bestias, y le explicó cómo labrarla con la azuela para darle la forma.

—La próxima vez que se estropee, la tallaras tú —avisó Antonio mientras desbastaba la rama—. Tendrás que tener cuidado con la plancha de hierro de la azuela; está bien afilada y corta como una condenada.

Antes de la Navidad pudo asistir de nuevo a las clases que un día a la semana impartía uno de los capellanes de la colegiata de San Patricio de Lorca, la ciudad más importante de la comarca, a cuatro leguas¹ de El Hinojar, la aldea de María. El sacerdote se desplazaba un día a la semana y, a cambio de una comida preparada por los vecinos, dedicaba toda la jornada a enseñar a leer y a escribir a los jóvenes del caserío. Utilizaba como método el aprobado por varias juntas de eclesiásticos reunidos en Cartagena unos años antes, cuya idea primordial radicaba en que catequesis y escuela podrían ser una misma cosa. Se comenzaba adoctrinando a los muchachos, enseñándoles primero a recitar a coro las oraciones y los principios de la doctrina cristiana, y posteriormente a la enseñanza del abecedario y el silabario. Los libros, unos *Cuadernos para adoctrinamiento de los mozos*, en latín y en romance, los aportaba el eclesiástico, pues la localidad no disponía de medios para adquirirlos; en ellos se recogían los artículos de fe, los sacramentos de la Iglesia, los mandamientos y las obras de misericordia. El capellán vigilaba que los mancebos utilizasen los ejemplares

1. Diecisiete kilómetros.

con sumo cuidado, haciéndoles ver lo costoso de las copias y la laboriosidad de su encuadernación.

—Los libros los hacemos en la Colegiata y varios de los frailes ocupan gran parte del día en realizar las copias para que vosotros, y otros muchachos de los pueblos vecinos, dispongan de ellos y aprendan a leer y escribir —comentaba el sacerdote a los dieciséis zagales menores de doce años que habitaban en el poblado, nada más iniciar las clases, contemplando con orgullo cómo los jóvenes abrían los ejemplares con celo y miramiento.

—Damián —farfullaba la madre de María a su marido todos los miércoles cuando la cría abandonaba la cocina para dirigirse a sus clases, molesta por carecer ese día de ayuda en el hogar—, de poco le ha de servir aprender a la muchacha los números y las letras. En esta casa nunca ha habido libros, ni podrá haberlos; no tenemos dinero para ellos. Más le valdría esmerarse en la cocina, en la que muestra muchas deficiencias. Eso sí le será útil cuando forme una familia y tenga que alimentar a nuestros nietos. A signarse y santiguarse, haciendo con los dedos los palos de la cruz, ya le he enseñado yo hace tiempo, y la necesito para que me ayude en el cuidado de nuestros hijos pequeños —finalizaba con cara mohína. La familia de María se había ampliado hacía poco más de tres años con el nacimiento de unos mellizos varones, Pedro y Ginés, que requerían un cuidado y una atención propios de su edad.

Ni Damián ni María hacían caso, y el padre miraba complacido a su hija deseando aprendiese lo que él no había tenido oportunidad de hacer. La muchacha salía de casa dispuesta a descansar un día de labores domésticas y se sentía dichosa por relacionarse con los demás niños de su edad. Damián había comprobado que en los últimos meses su hija había cambiado. No necesitaba que los demás la motivasen para hacer las cosas; se animaba sola y utilizaba la energía y la creatividad de sus diez años aplicándose en realizar nuevas y útiles tareas. Le animaba que la muchacha se sintiese ya una persona mayor y ella agradecía que se le tratase como tal. Estaba convirtiéndose en una joven servicial, con ganas de ayudar sin necesidad de recibir nada a cambio, y tenía un aspecto físico atractivo. Piel clara y cabello rubio, con unos bonitos ojos zarcos y una figura esbelta, agraciada y espigada para su edad.

Fue a mediados de febrero cuando Damián, al que María acompañaba para roturar de nuevo las propiedades agrícolas, le ofertó trabajar

en el campo junto a sus hermanos mayores en la siguiente temporada. Seis aranzadas² y tres tahúllas³ a media legua⁴ de El Hinojar les pertenecían desde hacía más de doscientos años, por el repartimiento de tierras realizado en la época del rey Alfonso *el décimo*, tras la expulsión de los musulmanes y la incorporación de las tierras de Lorca a la Corona de Castilla. Tenían otorgada carta para cultivar sus propiedades, aunque debían pagar a final de septiembre al señor de Lorca, por la festividad de San Miguel, la tercera parte de la cosecha recogida, y dos ovejas, dos cabras y dos cerdos para la Pascua de Resurrección. Sus antepasados habían sido primero siervos, después arrendatarios y por último, propietarios. Tierras fértiles por su cercanía al río Guadalentín y la existencia de abundantes ramblas y acequias, pero difíciles de cultivar por su proximidad a la frontera del reino nazarí de Granada y los frecuentes ataques que desde el territorio musulmán recibían los habitantes de la zona. Afortunadamente para los lorquinos hacía más de veinte años, tras la derrota de los granadinos en Los Alporchones por las tropas castellanas de Juan *el segundo*, que la zona mantenía una tranquilidad derivada de las treguas pactadas entre castellanos y nazaríes. Pero a pesar de la paz, la rentabilidad de los sembrados no era muy alta. Las inclemencias del tiempo, con periodos largos de sequía o semanas de lluvias torrenciales que anegaban las ramblas con fuertes riadas, así como las plagas de langostas, determinaban habitualmente cosechas pobres y catastróficas, y que las buenas tardasen en producirse. Damián tenía destinadas una tahúlla y treinta y cinco estadales⁵ a cultivos de hortalizas y el resto de la extensión a cereales, principalmente trigo y centeno. La plantación autoabastecía las necesidades de la familia y en años buenos se conseguía ahorrar algunos ducados que se guardaban para épocas venideras de carestía.

Tras la aceptación de la muchacha, que podría así librarse de unas tareas domésticas que le aburrían, Damián ordenó a Fulgencio y Antonio que enseñasen a su hermana las labores del campo.

María disfrutó cuando Fulgencio, al que apodaba cariñosamente *Pencho*, la aleccionó primero sobre cómo arar la tierra y a conducir la grada para desmenuzarla y allanarla preparándola para recibir la

2. Aranzada = cuatro tahúllas = 4.472 metros cuadrados.

3. Tahúlla = dos celemines = 1.600 varas superficiales = 1.117 metros cuadrados.

4. Dos kilómetros.

5. Estadal: centésima parte de la tahúlla = 16 varas superficiales.

simiente; la enseñó a sembrar el grano a voleo manejando bien la mano para esparcir las semillas en forma de lluvia. Recibió una reprimenda cuando, segando un día, se hirió con la hoz de dientes — más pequeña que la manejada por su padre y hermanos — por no proteger su mano con la zoqueta. La herida fue leve, pero no así la amonestación de su padre, que le hizo ver el peligro de poder perder algunos dedos de la mano izquierda por no haberse guarecido apropiadamente con el guante de madera. Se avergonzó al recibir la amonestación delante de Fulgencio y Antonio, pero comprendió que su padre llevaba razón cuando por la noche la mano herida estaba tumefacta y le dolía.

Le cansó recoger las gavillas y atarlas en haces con vencejos preparados tras escomar el centeno remojado para conseguir tiras flexibles que no se rompiesen. Pero cuando más disfrutó fue en el momento de la despajadura, tendida la parva en la era, dando vueltas montada en el trillo mientras su padre conducía la yunta con las riendas desde el centro, sin que le importara el picor producido por el tamo metido entre sus ropajes.

Y esta mañana le parecía hermosa mientras aventaban la cosecha para separar la paja del grano. Damián con el biello lanzaba la mies al aire y el viento suave separaba la paja del trigo. Mientras Fulgencio y Antonio apilaban la paja preparándola para transportarla al almiar, María cernía con el cedazo el grano y lo guardaba en sacos para llevar al alhorín. Volvió a mirar al horizonte y vio, a lo lejos, la llegada de Tarsicio el cabrero que, con paso lento, se dirigía hacia ellos trasladando una rehala de cabras. Un macho cabrío, ya viejo y con un gran cencerro colgado al cuello, hacía de guía del resto del rebaño; el caminar de los animales provocaba el campanilleo de las esquilas. El pastor había iniciado su jornada a primera hora de la mañana haciendo sonar un cuerno en varios sitios estratégicos de la aldea, avisando a los vecinos que sacaran las cabras de los corrales. Juntada la cabrada, llevó a los animales, como todos los días, a un ejido cercano que mantenía fresca la hierba durante gran parte de la mañana, y ahora los trasladaba hasta un plantío de sorgo de su propiedad, en el que los animales comerían hasta el atardecer. Todos los días pasaba por la era donde Damián y sus hijos trabajaban, y acostumbraba a hacer un alto en su trabajo para saludarlos. Esta mañana traía una cría recién nacida en brazos, y junto a él, la hembra recién parida intentaba alcanzar a su retoño, saltando constantemente alrededor del cabrero.

—Buenos días a todos — saludó el cabrero al llegar a la era—. Hoy hace un buen aire para ablenar el grano.

—Buenos días Tarsicio —contestó Fulgencio mientras los demás hacían un gesto de acogida—. Esperemos que no amaine, como ya lo ha hecho durante algún rato; si se calma, tendremos que esperar a mañana. ¿Qué te ha parido esa cabra tan juguetona?

—Una chota. Está sana y parece fuerte. Dentro de poco dará buena leche. A ver si aquella de allí que está a punto de parir —señaló el pastor—, alumbrará un macho y puedo invitaros a comer una dulce carne de cabrito.

—¿Cómo la vas a llamar? —preguntó María acariciando a la recién nacida.

—Como tú decidas. Piénsalo y le ponemos nombre. ¿Quieres tu ración de leche, *preciosa*? —A María le agradaba el adjetivo con el que Tarsicio se dirigía a ella y, tras su gesto afirmativo con la cabeza, el cabrero llevó sus dedos pulgar e índice doblados hasta los labios y silbó con fuerza. Una docena de animales se acercaron hasta él.

—¡Toma! Coge a la cría sujetándola por las patas para que no se escape, y ten cuidado con la madre, que intentará cornearte para que la sueltes. Mientras yo ordeñaré a *Pintada*. Lleva dos días moviéndose mucho, agita la cola constantemente, bala con frecuencia y se frota contra las rocas. Parece que está en celo y pronto quedará preñada. Ya verás qué leche tan rica da, *preciosa*.

En cuclillas, junto al costado izquierdo del animal de piel oscura con pintas claras, de patas fuertes y recias y de dientes duros y sanos, señales todas ellas de salud y de no tener aún los cuatro años, Tarsicio agarró uno de los pezones de la cabra con toda la mano y con masaje suave apretó la ubre moviendo uno a uno sus dedos, soltando el pezón y volviendo a comenzar de nuevo. Se oyó el ruido de los chorros de leche contra el recipiente de forma rítmica, revelando el ordeño de un experto. La cría apreció el olor del líquido entre la mies trabajada y el de las heces dejadas por los animales de Tarsicio como reguero indicativo de su paso. Tras repetir varias veces la maniobra, ofertó la leche obtenida a María que la paladeó con gusto.

—Está calentita y sabrosa —la cría se limpió con el dorso de la mano su labio superior manchado de blanco, pero no agradeció con un beso al cabrero su obsequio como los demás días, y solo fue capaz de comentar, mientras divisaba una nube de polvo por el sur—: ¡Padre, vienen caballos!

—Parecen soldados —comentó Damián mirando hacia donde señalaba su hija.

—Serán los hombres de la casa de los Fajardo, el señor de Lorca, que vienen a recaudar los pechos y sisas antes que terminemos con la faena —intervino enojado el hermano mayor de María—. ¡Van listos! Hasta dentro de dos meses no tenemos obligación de pagar los impuestos del señorío.

—Tal vez sean los soldados del Obispo de Murcia, para recaudar los diezmos de la Iglesia.

—Ese anda por Valencia intentando congraciarse con el séquito de Rodrigo de Borja, el arzobispo de la ciudad. El valenciano se ha marchado a Roma, y por Cartagena se comenta que lo van a nombrar Papa. El de Murcia quiere estar cerca para coger alguna nueva prebenda si a su amigo valenciano lo confirman como Papa —Tarsicio estaba al tanto de todos los rumores que circulaban por la comarca.

—Sean quienes sean, tened seguro que vienen dispuestos a embolsarse dinero —Damián crispó los puños, exasperado—. Es abusivo lo que se llevan los jerarcas, tanto los de la Iglesia como los del Reino. ¡Esto tiene que acabar de una vez! En los años anteriores era imposible soportar lo que recaudaban para mantener la guerra civil entre los partidarios del rey Enrique *el Impotente* y los de su hermanastra Isabel. Y ahora que la mujer se ha sentado en el trono, hay que pagar para sostener el conflicto con Portugal, que defiende los intereses de la princesa Juana, a la que motejan como *la Beltraneja* por dudarse que sea hija del anterior rey.

—Es que es para dudarlo. Al hombre le gustaban más los caballeros que las damas. No fue excomulgado por su pecado nefando por el hecho de ser rey; otro habría terminado sus días en la hoguera. Parece que el valido del rey animaba la soledad y el abandono de la reina, *La Portuguesa*, y que la princesa Juana es hija de él, y no del monarca —Tarsicio persistió en demostrar su afición a chismorreos.

El reinado de Enrique había sido conflictivo por la política real de nombramientos entre la nobleza castellana. Su homosexualidad y las dudas sobre la paternidad de su hija Juana motivaron que una fracción de nobles defendiera los derechos sucesorios de su hermanastra Isabel. Una guerra civil entre isabelinos y enriqueños había assolado el reino durante años y no finalizó ni con la muerte de Enrique en diciembre de 1474, ni con el nombramiento como reina de Isabel por las cortes castellanas. El rey Alfonso de Portugal intervino en el conflicto, defendiendo los derechos de Juana *la Beltraneja*, su sobrina. Varios años de guerra entre Castilla y Portugal habían empobrecido a

ambos reinos y aunque parecía que la guerra con los lusitanos estaba próxima a finalizar, aún daba sus coletazos. Los nobles y los jerarcas eclesiásticos cada vez exigían más impuestos para mantener el conflicto, esquilmando las ganancias de sus súbditos.

—¡Padre, no parecen castellanos! —el tono de voz de Antonio, el segundo de sus hijos fue preocupante—. No montan a lo cristiano y las cabalgaduras van enjaezadas a lo moro. Son caballos andaluces, estilizados, flexibles y ágiles; no son los percherones anchos y robustos, capaces de soportar las pesadas armaduras cristianas que utilizan los castellanos. ¡Son soldados nazaríes! —continuó tras haberse fijado, una vez que los soldados se habían acercado lo suficiente, en los yelmos y en que los jinetes cabalgan con los estribos altos y encogidas las piernas.

La mesnada se detuvo a cien brazas⁶ de la familia y el pastor. El jinete que la mandaba y se encontraba más adelantado que el resto del grupo, se levantó de la silla apoyándose en su arzón y en los estribos y oteó el horizonte. El sol se reflejó en el metal del capacete que cubría su cabeza, bajo el que se distinguía el almófar, la cota de malla que le protegía cuello y hombros; impresionaba la jacerina de cuero guarnecida con cabezas de clavo que cubría su cuerpo, y las dos grebas que escudaban sus piernas desde la rodilla hasta la garganta del pie.

—No puede ser una aceifa. Hay treguas entre Castilla y Granada; el conde de Cabra renovó el invierno pasado el armisticio que afecta a toda la frontera, desde Lorca a Tarifa. Estamos en paz con los nazaríes desde hace años y tanto a los agricultores musulmanes del otro lado de la divisoria como a nosotros interesa mantener una tranquilidad estable que nos permita cultivar las tierras. ¡No puede ser una incursión sarracena en tierras cristianas! —repitió incrédulo Damián mirando desolado a la decena de jinetes.

—Las treguas no son más que un disimulo para renovar fuerzas. Nunca se llega hasta la fecha pactada; siempre las rompe uno de los contendientes, el que ha conseguido nuevos bríos, que ataca y la quiebra para negociar un nuevo pacto más favorable —comentó Tarsicio mientras deseaba agrupar a sus animales sin atreverse a silbar por miedo a provocar el ataque de los musulmanes.

6. Ciento sesenta y ocho metros.

—Para los que rigen los reinos, las algaras, las cabalgadas de jinetes en territorio enemigo para saquear lo máximo posible y destrozar cosechas intentando empobrecernos no se consideran rupturas de tregua, siempre que no duren más de tres días ni se asienten campamentos —Fulgencio buscaba dónde había dejado la horca con la que había trabajado hasta la llegada de Tarsicio el cabrero.

—El rey de Granada, Abú-l Hasán, que lleva diez años en el trono y al que llamamos *Muley Hacén*, es un bravucón. Se asegura que no está dispuesto a seguir pagando las parias que debe a Castilla como tributo de vasallaje. Se aprovecha de que el ejército castellano mantiene una guerra con Portugal y no puede atender el frente granadino —Tarsicio intentaba con sus gestos que las cabras permaneciesen cercanas a él.

—A los reyes no les interesa una paz larga. Los soldados precisan acción y siempre buscan un enemigo. Las treguas largas afeminan a los nobles y les hace conspirar contra su propio monarca; cuando no hay guerras, los que tienen por único oficio el de las armas pelean entre sí para mantenerse en forma. Por eso celebran justas, lides y encuentros, y no les importa salir heridos y malparados. Ni tampoco que ataquen las poblaciones enemigas cercanas; así los mantienen entretenidos. Sin embargo, sí están interesados en que mantengamos las tierras cultivadas y permanezcamos en ellas sin emigrar a lugares más seguros para seguir pagando impuestos. ¡Creerán que nos sentimos satisfechos de tener en peligro a nuestras familias y nuestro trabajo! ¡Malnacidos! ¡Y los nobles llaman a esto el arte de la guerra! ¿Dónde encontrarán la virtud para mantener estas martingalas que nos obligan a lanzarnos unos contra otros para defender un palmo de tierra?

Las incursiones de jinetes sembraban el terror y la muerte en las tierras fronterizas. Caballeros de ambos reinos hollaban las tierras incendiando aldeas, saqueando poblaciones y degollando aldeanos. Capturaban a sus habitantes replegándose brusca y velozmente cuando llegaban, desapareciendo como si se los tragase la tierra; propalaban el pánico con crueldad, sin piedad ni respeto por la vida ajena, entregados a la violencia.

—Podríamos refugiarnos en la atalaya de la aldea —Fulgencio intentó animar con una leve esperanza.

—Queda lejana para intentar llegar a ella, y los dos o tres soldados que la custodian poco podrían hacer frente a la docena de musulmanes de esta mesnada. Parece gente experimentada, una tropa bien arma-

da, disciplinada y ejercitada. Nos atacarían en cuanto empezásemos a correr. ¡Tendremos que defendernos! ¡María, corre hacia el pueblo e intenta ponerte a salvo. Nosotros los entretendremos! —a Damián le preocupaba más la seguridad de su hija que la suya propia, aunque dudó que la cría fuese capaz de llegar a la torre vigía en donde un par de soldados vigilaban los caminos para avisar con señales de fuego, en caso de ataque, a otras guarniciones.

—Padre, solo tenemos algunos bieldos y horcas. Las hoces no las traíamos hoy.

—Yo solo dispongo de una daga —afirmó el cabrero mientras la buscaba en su faja.

María comenzó a correr en la dirección del poblado ante la insistencia de su padre, al tiempo que los hombres se aprestaban para hacer frente a los musulmanes. El jefe de la mesnada miró al grupo de campesinos; cuatro hombres desarmados que solo disponían de aperos de labranza con los que parecían dispuestos a hacer frente, y una muchacha que intentaba huir. A media legua de allí, el resto de su tropa aguarda con otros cristianos capturados. Si conseguía apresar a éstos con vida, tendría un grupo suficiente para regresar a su ciudad. Levantando su mano hacia el cielo, la dejó caer en señal de ataque y clavó tacones en los ijares de su montura galopando hacia los campesinos.

La distancia entre granadinos y lorquinos desapareció en segundos por el galope de los caballos. Los aparejos de los agricultores poco pudieron hacer frente a las armas de los militares. La adarga, el escudo de cuero, del capitán de la tropa bastó para repeler el golpe que el padre de María intentó asestar con el bieldo cuando el jinete llegó a su altura. El militar pretendió reducir al castellano sin lesionarlo, pero la bravura de Damián defendiéndose le obligó a asestarle un cintarazo con el alfanje, que alcanzó al agricultor y le abrió la cabeza. Tarsicio el cabrero se protegió como pudo amenazando con la daga; una cuchillada a las ancas del caballo de un segundo soldado, dieron con animal y jinete en el suelo. Cuando se disponía a degollar a su oponente, el musulmán utilizó su alabarda para deshacerse de él. Un venablo, una lanza corta arrojadiza, atravesó el pecho de Antonio, mientras su hermano mayor se libró de una muerte inmediata al quedar inconsciente tras ser herido con una cimitarra en el hombro derecho.

El capitán de la mesnada se mostró contrariado. Solo habían con-

seguido capturar vivo a uno de los varones y se esperanzó cuando vio a uno de sus compañeros aproximarse a galope a la muchacha que intentaba huir.

María corría temiendo volver la vista atrás y contemplar una escena que imaginaba desoladora. Apenas logró distanciarse más de treinta brazas⁷ por la rapidez de la acción militar. Tenía miedo y oyó el rebufo de un caballo llegando a su altura. No vio cómo el caballista sacaba su pie del estribo pero sintió la patada en la espalda que le hizo rodar por el suelo. Aturdida por el golpe y con algunos rasguños en los brazos no ofreció resistencia a que el soldado atase sus muñecas con la cinta de una de sus agujetas, mientras contemplaba el rebenque de cuero que el militar llevaba enrollado en el arzón delantero de su silla de montar.

[Redacted]

[Large redacted block of text]

[Redacted]